

Si alguien preguntara cuál ha sido el sitio de mayor importancia para Santiago, es posible que obtuviera por respuesta el nombre de "El Parque Cousiño". No faltaría quienes dijeran: "La Alameda de las Delicias", o "La Catedral"; pero, analizando con algún sosiego, se llegaría, seguramente, a la conclusión de que la primera respuesta era la valedera.

Muchos hablarían del "Cerro Santa Lucía", y en esa afirmación abundarían los nacidos dentro del dominio del signo que determina los idilios. Muchos enamorados han esculpido sus arrechuchos sobre unas plantas de mal destino llamadas magüey, o, en este caso, magüeyes... y han hecho otras cosas que la discreción no cree prudente estampar.

Al gran templo acuden los fieles que saben del Dios Crucificado y su Santa Madre. Son muchos, y, a pesar de esa realidad, limitados. La gente sabe que por ese camino se va al Paraíso, pero no se cuida mucho de ello. En cuanto a la Alameda, dan deseos cuando se le ve desierta y profanada por el olvido, de rezar algo por su santa paz.

En cambio, en "El Parque Cousiño" de hoy, "El Campo de Marte" de ayer y "La Pampa" de antes, aun la novedad suele decaer, mas siempre hay quienes le dan prestigio con su presencia multiforme y contrastada. "La Pampa" fué y es ahora un poco menos— el campo emocional de Santiago. En ella florecían los juegos populares, de los cuales muchos se han cobijado en el folklore, dejando una presencia de añoranza para los viejos, y de avidez para los curiosos.

Allí iban, como al Huelén, los pezones del estudio y los precoces del amor, los que buscaban un descanso, o los que nada podían hacer con sus brazos, que nadie quería utilizar. A ese Campo de Marte acudía el Santiago suntuoso y señorial, a pasearse en sus leves carruajes o en sus hermosos caballos de raza; brotaban como versos eternos las palabras de seducción y las miradas definitivas, y en los árboles, las flores y las rutas quedaban marcadas las sonrisas del anhelo que nunca deja de crecer.

Antes de esta etapa asistían domingo a domingo los Guardias Cívicos, a ejercitarse en el manejo de las armas y en el juego de la guerra. Con pasto seco cargaban los cañones. Nuestro abuelo, civilco, que se moría por el señor Portales, nos contaba que una vez recibió un cañonazo de pasto, que lo dejó a mal traer...

¡Y las fiestas septembrinas, con sus banderas agitándose como flores, y las músicas de los bronce, y los tambores animadores de los desfiles vivían en placer y en Patria. Allí los Presidentes y Ministros, los grandes hombres de una

época grande, y el Cuerpo Diplomático, y todo lo suntuoso, todo estaba en el Parque Cousiño! Y las mujeres de gran prosapia con aspecto de damas de corte, y las percalas floreadas, y las bayetas sobrias se reunían también allí; las primeras no miraban sino a su mundo, en tanto las otras, se miraban en las damas sin envidiar-

PLUMAS NACIONALES

PRIMERAS CARRERAS A LA INGLESA

POR ANTONIO ACEVEDO HERNANDEZ

las, os lo fio, las querían hermosas, las más hermosas del mundo. El pueblo también sueña, y sabe que los sueños sueños son... El Parque se colmaba de ruidos y de redes de miradas, de cantos y quimeras, discordancias y remansos, mientras las cantoras hacían cabalgar sobre las cuerdas tensas de sus guitarras a las tonadas y a las cuecas inacabables en esa feria de amores, de bizarría y raza. Allí el hacendado, sobre su caballo brioso, y por brioso, regalón, nielado en plata, con sus mantas isleñas—de la Isla de Maipo—, tan finas como los suspiros de las tejedoras enamoradas...

Y en ese Parque Cousiño, donde nació en Santiago el futbol y el atletismo, y se dió la vida arborescente, también nacieron las CARRERAS A LA INGLESA. Nacieron, según lo dice el historiador del turf, Luis E. Soto, en el año de gracia de 1866.

Poco saben los cronistas de la hípica, de la primera carrera a la inglesa corrida en Santiago en la pista, seguramente improvisada, de La Pampa, pero, sí de la segunda, corrida el 20 de septiembre de 1866, en que, sobre una distancia que no se determina, corrieron ocho animales, y se dieron tres premios, no se sabe si en dinero u objetos de arte. He aquí el resultado de la justa:

Primer premio: El Valiente, caballo colorado de don Nicolás Barros Luco; segundo premio: El Moro, caballo rosillo de don Antonio Bolívar, y tercer premio: El Vencedor, caballo picazo de don Santos Díaz.

No debieron ser de demasiada categoría las primeras carreras a la inglesa practicadas en Santiago, en la pista de La Pampa, pero no cabe duda de que fueron precursoras de las faenas hípicas que dieron por resultado la fundación, en 1867, de la SOCIEDAD HIPICA, que empezó actuando en la cancha de La Pampa, o sea, el Parque Cousiño.

Algunos cronistas opinan, al ha-

blar de los caballeros, señores Enrique Cood y Carlos de Monery, que fueron los iniciadores de la fundación de la ya nombrada Sociedad Hípica, que ellos resolvieron esta empresa, influidos por lo que en la materia habían visto en Europa. No se podría negar que ese factor es de fuerza, pero creemos que hubo otro detalle, tal vez pequeño, pero de capital importancia, y ése fué la creación del deporte hípico realizada por la colectividad inglesa de Valparaíso, que inauguró sus labores en septiembre de 1864.

Santiago no se podía quedar inerte ante las actividades triunfantes de los ingleses del puerto, y resolvió hacer aquí carreras a la inglesa, en toda regla, con capitales aportados por los accionistas, con buenos programas y discretos reglamentos.

Véase cuáles fueron los primeros que acudieron a cooperar con su trabajo y su dinero a la empresa: entre otros, se anotan los nombres de los calificados señores José Patricio Larrain, Vicente Subercaseaux, Juan Agustín Alcalde, José Luis Claro, Alberto Valdívieso, José María del Solar, Estanislao Izquierdo y Hudson Kilpatrick. Es interesante anotar aquí el nombre de don Nicolás Barros Luco, ganador de la segunda carrera precursora, con su caballo El Valiente, pues aparece en la vida de la hípica como un gran turfman, lleno de cualidades y verdaderamente apasionado por el deporte llamado de los reyes.

Ya se ha anticipado que el primer hipódromo de la Sociedad Hípica se trazó en La Pampa o Campo de Marte, en el retazo que ocupan ahora la laguna, sus jardines y el panorama de la Batalla de Maipo. "La vigilancia del trabajo—dice el señor Soto— se entregó a don Carlos de Monery, que asumió la administración. No había demasiado dinero, lo que impidió que la pista fuera de acuerdo con los deseos de los noveles turfmen, pero se hizo lo que se pudo. La pista se trazó en forma de ocho, y alcanzó a 875 metros, y en vez de palizada, que no fué posible colocar, señalóse el recorrido con un simple cordel.

"A un costado de la pista se instalaron las tribunas, sencilla construcción de madera, destinada a los socios y a sus familias. La garieta del juez de llegada se formó con cuatro tablas, sobre las que se colocó una plancha de latón.

"El total de todo aquello, tribunas, pista, etcétera, lo encerraba una cadena de fierro, cuyo objeto era impedir que se introdujeran al hipódromo, sin haber pagado antes su entrada, visitantes en carruaje, y gente a caballo". Hasta aquí, el señor Soto, uno de los hombres más doctos en esta materia.

A. A. H.

"NUEVO ZIG-ZAG"